

piación de la lengua del amo a una aculturación del colonizado? Personalmente, creo que estas preguntas, así como los presentes debates sobre la lengua del latinoamericanismo, olvidan la posibilidad del bilingüismo y del biculturalismo como opción enriquecedora. Como les digo a mis estudiantes siempre que hablamos sobre el movimiento "English Only" en EEUU: "Son ilógicos. Piensan que dos es menos que uno. Que hablar español e inglés equivale a un empobrecimiento".

Como señal de que este libro ha logrado el diálogo con la academia norteamericana (y la incorporación de América Latina a los debates sobre el postcolonialismo) que Mignolo se propuso, baste nomás señalar que ya ha sido distinguido con el premio de la Modern Language Association de 1995 al mejor libro de crítica, y lo que es más, ha recibido una excelente reseña en la revista más prestigiosa y de más circulación en EEUU, *The New York Review of Books*, en donde muy rara vez se debaten temas latinoamericanos.

Silvia Spitta
Dartmouth College

Irma Llorens, *Nacionalismo y literatura. Constitución e institucionalización de la "República de las letras cubanas"* (Lleida: Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, 1998).

El problema que plantea la constitución de ese objeto que en la modernidad conocemos como "la nación" ha constituido un tema de reflexión reiterado en el panorama crítico contemporáneo. Desde los trabajos de Eric Hobsbawm hasta Homi Bhaba pasando por las lúcidas reflexiones de Edward Said, Terry Eagleton, Edward Shils o, en el caso latinoamericano, los análisis de Enrico Mario Santí, Antonio Benítez Rojo, Julio Ortega, Juan Gelpí o Julio Ramos, la ya clásica pregunta

de Ernest Renán—"¿Qué es la nación?"—ha proliferado en otros interrogantes y aproximaciones que, escapando a todo esencialismo ahistórico, han buscado definir las estrategias que soportan la construcción narrativa de la identidad nacional: ¿Cuáles son las condiciones histórico-sociales que determinan la emergencia de los estados nacionales? ¿Cuáles son los discursos que otorgan coherencia ideológica a esa construcción? ¿Qué sujetos, disciplinas, tradiciones y proyectos allí se configuran? ¿Qué autoridades los enuncian y qué instituciones los avalan? ¿Qué cortes y exclusiones se operan en esta estrategia de identidad?

Irma Llorens inscribe su trabajo sobre la "República de las letras cubanas" en la estela que trazan estas preguntas. Investigando la genealogía de la noción de "cubanía" Llorens estudia el campo intelectual cubano entre fines del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, buscando definir allí la relación entre el discurso político nacionalista y la emergente literatura nacional. En el contexto específico que en Cuba dibuja la crisis del imperio colonial español —el período comprendido entre la capitania general de corte liberal de Luis de las Casas, iniciada en 1790, y el férreo control dictatorial que instituye Miguel Cacán entre 1834 y 1838— Llorens lee la obra ensayística de los letrados Félix Valera, José de la Luz y Caballero, Domingo del Monte y José Antonio Saco, relevando el mapa ideológico del nacionalismo cubano. Como hace evidente su inteligente trabajo, la literatura cubana, inscrita como una parte integral de los procesos sociopolíticos que tienen lugar durante la fase formativa del movimiento nacionalista, se constituye desde sus orígenes como "un conjunto de discursos y prácticas que se proponen fijar y reafirmar la identidad nacional", y como una institución que contribuye a viabilizar los proyectos de la élite intelectual que cuestiona la legitimidad y la autoridad del régimen colonial. La atenta lectura

de la obra de Varela, del Monte, Luz y Saco que desarrolla esta investigación, permite comprender esa “nación sin estado” que es Cuba en el siglo XIX, como el producto de un proceso narrativo o, para decirlo con Hommi Bahba, como una “forma de elaboración cultural”, un proceso de “invención de una tradición” (Hobsbawm) que materializa textualmente la toma de conciencia histórica de un grupo intelectual que define “lo cubano” frente a lo español, “lo propio y nuestro” frente a “otro” negro y esclavo y, en el proceso de hacerlo, se autoriza como garante y enunciador privilegiado de la identidad de la patria.

Siguiendo de cerca los ya clásicos análisis de Manuel Moreno Friginals, así como los más recientes trabajos de Franklin Knight, Manuel Benítez Rojo, Louis Pérez y Rebecca Scott, Llorens estudia los límites y contradicciones que enfrenta la constitución de una ideología liberal burguesa en la Cuba decimonónica; un contexto marcado por la economía del azúcar y por el modo de producción esclavista. Frente a una “sacarocracia” inmovilizada políticamente en su incapacidad de asumir cualquier reivindicación que cuestiona la estabilidad del orden social—téngase en cuenta el horror que inspira la presencia amenazante del esclavo negro y el fantasma de la rebelión haitiana— es la rama ilustrada de la pequeña burguesía, según Llorens, la que encabeza el movimiento nacionalista. En todo caso, y más allá de contradicciones de clase, la esclavitud constituyó en Cuba un obstáculo ineludible para el desarrollo del concepto burgués de libertad que soporta el ideario nacionalista. Lejos de todo ideal democrático, la “cubanidad” que diseñan los letrados decimonónicos buscó sus principios y proyectó su futuro utópico en una sociedad fundamentalmente blanca, ajena a los “vicios” de ese “otro” absoluto que supuso el negro. José Antonio Saco y su invocación a “blanquear” la población de la isla dió el tono alarmista y profundamente racista de este dis-

curso: “Que no entren más negros, que no entren más negros y [Cuba] se salva”.

En una impresionante tarea de contextualización histórico-social, Irma Llorens reconstruye el campo intelectual en el que se institucionaliza la “República de las letras cubanas”. Desde la Sociedad Económica de Amigos del País, establecida a fines del siglo XVIII durante la capitania de Luis de Las Casas, hasta el espacio privado de la tertulia literaria de Domingo del Monte, pasando por la Universidad de La Habana, el Colegio Seminario de San Carlos, la fracasada Academia Cubana de Literatura, o publicaciones como el Papel Periódico, El Habanero de Félix Valera o la Revista Bimestre Cubana, publicada por la Sección de Educación de la Sociedad de Amigos del País, esta minuciosa investigación pone de manifiesto el papel decisivo que los letrados nacionalistas tuvieron en la formulación, difusión e institucionalización de una “opinión pública” en el contexto de la Cuba colonial. En la esfera que delimita esa opinión, la literatura, sostiene Llorens, fue una herramienta privilegiada de elaboración ideológica; el texto, el espacio de una “conspiración”; la pluma, un “arma en la guerra del libro” y el debate literario, un “campo de batalla”. El exilio de Varela y de Saco, así como la clausura de la Academia Cubana de Literatura en 1834, hacen evidentes en su análisis el carácter fundamentalmente político que adquiere el debate cultural en la colonia. Fijando un canon literario y un parnaso propiamente cubanos, estos letrados configuraron discursivamente la “cubanidad”, inventado una tradición intelectual nacionalista alternativa a las instituciones y tradiciones metropolitanas ya establecidas en la colonia.

El trabajo concluye, por último, con un estudio de las estrategias de autorización mediante las cuales los letrados cubanos definieron su identidad colectiva. Desarmando la retórica del “desinterés” que informa el discurso de Varela, Saco, Luz y del

Monte, Llorens demuestra cómo la literatura cubana se autorizó como un saber sobre la nación fundado en valores estéticos y éticos ajenos a los criterios utilitarios de la sociedad colonial. Al autodesignarse los fundadores de la literatura nacional y los “iniciadores de la tradición ética y patriótica de la isla”, los letrados nacionalistas se autoerigieron en custodios de las esencias espirituales de la nación.

“No hay una esencia inmóvil y preestablecida de lo cubano que podamos definir con independencia de sus manifestaciones sucesivas y generalmente problemáticas”, escribía Cintio Vitier. En el espacio social y discursivo que define en isla la relación simbólica azúcar y nación, literatura e intelectuales, Irma Llorens analiza una de esas “manifestaciones problemáticas” de lo cubano, en un trabajo que sin duda constituye una importante aportación al estudio de la historia intelectual del siglo XIX caribeño.

Juan M. Medrano-Pizarro
Dartmouth College

Mirko Lauer. *Andes imaginarios. Discursos del indigenismo-2. Cusco-Lima, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas-Sur, 1997.*

La tesis de Mirko Lauer distingue entre el indigenismo como fenómeno socio-político y el fenómeno artístico que el autor denomina “indigenismo-2”. Separar el indigenismo político que se desarrollaba desde comienzos del siglo XIX y el indigenismo literario, plástico, arquitectónico y musical, desarrollado más tarde (desde 1919 hasta los años cuarenta), permite valorar el último en su propio campo. El lenguaje del indigenismo-2 es simbólico, sus Andes son imaginarios. Lauer deja de confundir, lo cual le posibilita delimitar el objeto estético de su estudio y ganar suficiente distancia de los intentos in-

mediatos de los artistas mismos y de su público. Aclaradas estas premisas, el libro estudia el arte indigenista desde el punto de vista sociológico, pero analizando su propia significación ideológica sin atribuir-sela desde fuera.

El enfoque de Mirko Lauer se centra en “desajustes” de varios aspectos del indigenismo-2. El primer desajuste se refiere al punto de vista del escritor o pintor, quien no pertenece al mundo andino que trata de expresar por su obra. La “traducción” de un mundo al lenguaje de otro mundo —observada ya por Mariátegui y estudiada por la crítica literaria contemporánea (Tomás Escajadillo, Antonio Cornejo Polar)— Lauer la ve como “una fantasía de capas medias en ascenso hacia una modernidad conflictiva... esa fantasía consistía en pensar que el mundo no criollo era portador de un lenguaje traducible a los términos de la cultura occidental” (p. 23). El resultado del indigenismo-2 fue una ampliación de la cultura dominante por la incorporación de lo no criollo a lo criollo.

Después del planteamiento general, el libro estudia tres aspectos del arte y la literatura indigenista: su recepción, su concepción del paisaje y su visión del pasado incaico. En el capítulo dedicado a la recepción Lauer comenta varias facetas y varios períodos, desde la aceptación inicial del indigenismo creativo y la célebre “polémica del indigenismo” de la segunda mitad de los años veinte.

En la visión del paisaje, el autor encuentra, otra vez, un desajuste: “El discurso del indigenismo-2 evidencia una total falta de integración entre el hombre y el paisaje, al extremo de debilitar la condición de ‘habitante del paisaje’ de las personas representadas” (p. 62). Los ejemplos de la narrativa de Ciro Alegría y de los cuadros de José Sabogal documentan una especie de montaje de los personajes pegados contra un fondo preexistente.

El capítulo final, “La alucinación incaica”, confronta la literatura indi-